

De Jueves Santo a Corpus Christi

Granollers vibrará de catolicidad el día del Corpus Christi. Con las mejores colgaduras serán engalanados los anchos balcones y las ventanas. Se levantarán por doquier altares que rivalizarán en belleza y en flores. Los jóvenes vestirán su mejor traje y las mozas su más precioso y recatado vestido. Muchos granollerenses se acercarán devotos a la Mesa Eucarística y los niños de la Primera Comunió dirán amorosas oraciones al buen Jesús. Por la tarde, la Custodia sagrada, pasará al Dios sacramentado entre cánticos, flores y reverencias, por las calles de la capital vallesana.

Habrà —¿por qué dudarlo?— almas llenas de fe y amor al Prisionero Divino que, al verlo triunfante, sentirán latir gozoso su corazón. Pero, ¿no hay farsa también?

Pienso en aquella entrada triunfal del Maestro en Jerusalén: ¿no vino después prisión y muerte?

Deber de los jóvenes de Acción Católica es que no sea así.

Os invito pues a que en este día tengáis presentes a quienes, arma al brazo, y fija la atención en las líneas de enfrente, y entre infiernos de metralla, humo y fuego, hacen posible que la fe renazca.

§ § §

Jueves Santo, era y algo lluvioso el día, y se me concedió permiso para trasladarme a asistir a los divinos oficios. Fué en un hospital de campaña de arquitectura rústica, con chimeneas como un monstruo de veinte cabezas. Un corredor, y un altar negro al final, con el Crucificado, con rostro doloroso

y dulce, sangrante y doliente. El Páter, después de perdonar nuestros pecados, se viste los ornamentos para el sublime Sacrificio. Fuimos muchos los que comulgamos. No parece algo sobrenatural que en esta tierra donde hasta existían organizaciones estatales de los sin Dios, baje Jesús a los corazones de unos españoles! Más sublime fué lo que siguió.

Sala por sala, herido por herido, todos acogieron en sus pechos a la Eucaristía.

Juventud, desgarrada su carne, prostrada en lecho de dolor, recibe emocionada el majar sagrado. Sus rostros se transfiguran; de muecas dolorosas, en emoción y dulzura. Recuerdan aquella madre buena y cariñosa que les acompañó al altar por vez primera, con su traje blanco; al altar lleno de luces y flores, entre las resonancias de una suave melodía gregoriana.

Quizás ello les impida decir con firmeza el «Sí, creó» de cuando el Páter les hace las preguntas de ritual del Santo Viático.

O puede ser que piensen en sus camaradas que en la trinchera, llenos de barro, fatigados de guardias y trabajos, no podrán tener junto a sí al Páter que les atiende y que verán el día del Jueves Santo pasar como otro día cualquiera y quizás con dolor vean caer a su lado alguno de sus mejores camaradas.

Después, un herido me dijo: —Ha sido el día más feliz de mi vida.

Yo, lo creí.

JAIME VINALLONGA BORRELL
Rusia, Mayo de 1943